Apuntes para el RETIRO de CUARESMA de los SACERDOTES

Santuario de la Fuensanta. 2015

O

RETOS Y DESAFIOS PARA EL SACERDOTE HOY

tro año más nos volvemos a encontrar los sacerdotes de esta Iglesia de Cartagena en este santuario para recibir bien la Cuaresma y poder pasar por la Cruz y Muerte de Nuestro Señor hasta llegar al gozo de la Pascua. Con libertad de espíritu os propongo revisarnos con la misma metodología de la Acción Católica, ver nuestra realidad como sacerdotes, juzgarnos a nosotros mismos para saber si estamos o no respondiendo al don de Dios y actuar como hombres nuevos, celebrando el admirable misterio del amor misericordioso de Dios.

Comenzaré, sin disimulos por un tema fuerte, proponiendo una reflexión que necesita respuestas claras, libres y personales. Si tenemos los ojos y los oídos abiertos y si están despiertos nuestros sentidos, cuando miramos a nuestro alrededor sentimos cómo la vida de fe está cada vez más ausente y cómo bastantes hermanos se van retirando y va tomando demasiado protagonismo un estilo de vida secularizado. Ante ese ambiente, algunos se preguntan, ¿vale la pena ser sacerdote hoy, en esta situación ambivalente, en la postmodernidad, ante la clara persecución de la fe, en el continuo ataque a las convicciones religiosas, etc.? Lo cierto es que esta sociedad todavía responde a las ansias de solidaridad y a los desafíos, pero quedan por resolver muchos retos, mucha necesidad de encender luces en medio de tantas oscuridades. Constatamos que existen, cada vez más, hombres y mujeres que no creen prácticamente en nada ni se plantean necesidad alguna de ser salvados. ¿Cómo podremos evangelizar a quien no tiene ninguna inquietud religiosa?, ¿Cómo hablar de salvación a quien no cree tener necesidad de ser salvado?, ¿hemos analizado el por qué de la bajada en las inscripciones para los sacramentos?. Añádase a esto, el saber que no todos los católicos están dispuestos y preparados para resistir la situación actual de distanciamiento hacia la iglesia, que hay bastantes que disimulan, o esconden su fe, para librarse de complicaciones, que se olvidan de Dios.

*Olvido de Dios.* La cultura moderna mantiene un sistemático olvido de Dios y de su presencia en el mundo. En muchas ocasiones no se trata de un ateísmo en toda regla, sino de un deísmo: Dios existe, ha creado las cosas, pero así como ha dotado de leyes la naturaleza y ha dado la libertad y la inteligencia a los hombres, les ha dotado para llevar adelante la historia, sin que necesita ya de Dios, que ahora ya no interviene de ningún modo en la vida de los hombres. ¿Está eso en el trasfondo de mucha gente? Y ¿esto nos deja tranquilos, no nos preguntamos cómo salir al encuentro para evangelizar?

Cada vez son menos los que se preguntan si lo que el hombre está construyendo va de acuerdo con la voluntad de Dios. La ciencia sigue el propio ritmo y es fin en sí misma. El arte se aleja cada vez más de un referente ético. En algunos casos llega a ser una verdadera pornografía o blasfemia, y son pocos los que se atreven a expresar el propio rechazo por miedo a ser tachados de intolerantes. La política misma se reduce a buscar la popularidad sin preguntarse si está sirviendo verdaderamente al bien común y podemos llegar a justificar que un político excluya las propias convicciones religiosas y éticas de las decisiones políticas… ¿No hemos caído en la misma trampa y nos estamos diciendo, para conformarnos, qué pinta Dios en todo este jaleo? Aquí habría que hacer referencia la Mensaje de Cuaresma del Papa, cuando advierte: *yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien. Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una globalización de la indiferencia. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos.* La indiferencia, la desgana, el me da igual, las mil excusas que buscamos para no molestar nuestra comodidad…, se le está dando paso a las ofertas pseudo religiosas de las sectas, hoy en boga. La voz del Papa ha gritado: *necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan.* ¿Dónde están los profetas?, se preguntaba el cantautor de los años 70-80. La pregunta, ¿tiene respuesta?

El sacerdote también se siente afectado por los actuales fenómenos sociales. ¿Cómo no turbarse ante ellos? El Papa es un profeta en nuestro tiempo y su grito nos interpela para que demos la cara, para permanecer, para estar con Jesús en el Clavario y junto a la Cruz, con María. No se nos debe contar con los que han huido, con los que “pasan de todo”. Ahora es cuando hay que estar a la altura de la evangelización, cuando es más necesario, emplear horas, más dedicación a esto y menos tiempo, menos horas, a nuestros intereses personales. Si hay que ayudar a nuestros hermanos en la fe, es necesario también ayudar a los sacerdotes para que sean fuertes, para que estén a la altura de las respuestas que necesitan los hermanos. Pero, atención, que tenemos muchas papeletas para que surja velozmente la crisis de la identidad y los dañinos pensamientos que nos llevan a pensar en la soledad, como compañera de viaje, hasta sufrir la idea de sentirse completamente desmotivado. Sinceramente, eso se está dando en algunos casos.

No nos podemos engañar, pero el nombre de este fenómeno es el desencanto espiritual y pastoral, la frialdad de vida, la desmotivación. Lo realmente triste es que para solucionar esas dolencias, se pretenda arreglar la situación con soluciones de huida: el aburguesamiento, pobreza intelectual, las vidas paralelas o duplicadas, los antitestimonios, los escándalos (hacia la castidad, obediencia y fraternidad). Todo esto es una *piedra de tropiezo* incluso para aquellos que quieren seguir adelante en el ministerio sacerdotal y que luchan sinceramente en él. Si tenemos que seguir poniéndoles nombres a este fenómeno lo tenemos claro, se le llama cansancio en el ministerio. En las reuniones de arciprestazgos, a las que está invitado el Seminario con motivo de la Campaña de San José os están poniendo un video que trata este tema y es muy sugerente.

Este es el objeto de nuestro auto juicio. La sabiduría de la espiritualidad cristiana se verá reforzada con este tiempo de la Cuaresma, con cuarenta días para responder a estas preguntas: ¿Cuál es la raíz de mis cansancios? ¿Cuál es el itinerario de ellos? ¿Posiblemente un estilo de vida inadecuado, el peso de la misión, el fracaso en el apostolado, una espiritualidad mediocre, una conversión aplazada, me he descuidado en mi relación con Dios...?

Cosas que pueden debilitar la identidad sacerdotal. ¿Hemos caído en la esquizofrenia espiritual, es decir, hablar mucho de Dios y en otro momento se convierte en un extraño?, o ¿sólo hablamos de Dios cuando las circunstancias lo requieren? Si esto sucediera así sería un síntoma de una enfermedad grave para un sacerdote, le ha visitado el miedo a la cultura actual, que le lleva a la obsesión por disimular a toda costa lo que es y por ende le empuja a un aplazamiento de la propia conversión. Al presbítero que pasa por esta situación se le ve agotado y agobiado, distraído y poco centrado en las cosas que se esperan de él. En conclusión, esta esquizofrenia trae una dicotomía peligrosísima: la separación entre identidad personal y la misión que le ha encomendado el Señor. Si fuera así se necesitaría intervenir rápidamente desde la caridad y desde la fraternidad, hablar con amor de hermanos y rezar, siempre rezar.

1. ¿Qué puedo proponer para poder transformar estos desafíos?

 *a) Conversión personal*. Lo primero no puede ser otra cosa que escuchar la voz del Señor y no retrasar más la conversión. Os invito a leer el capítulo primero de la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, del Papa Francisco, para escuchar de sus labios la importancia de la alegría para evangelizar, la alegría de ser discípulos y misioneros para el anuncio del evangelio.

 Jesús comienza su predicación haciendo una llamada a la conversión: *El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva* (Mc 1, 15). Todos sabemos lo que significa la conversión, como un nacer de nuevo (cf. Jn. 3,7), un cambio profundo en la vida, de actitud, de mentalidad, de criterios, de valores… Vulgarmente decimos, un giro de 180 grados, que comporta una nueva orientación general. Se trata más de dejarse cambiar que de esforzarse por cambiar desde una actitud voluntarista. Dejarse cambiar el corazón por Dios (cf. Ez 36,23-28). Volver a Dios, a la casa del Padre, cambiar la ruta, la meta de la vida para que el eje vertebrador sea Cristo, para que él sea el centro al que subordinamos todos los demás valores: familia, trabajo, aficiones, amigos... Un cambio radical de mentalidad y de corazón.

Jesús en su predicación es mucho más radical al hablar de la conversión, une la conversión y la fe. Sólo se puede vivir el cambio de la mente y del corazón desde la confianza en Él, desde la unión con él. Fijaos en la experiencia de San Pablo cuando describe el proceso de su conversión: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 20). Naturalmente, se ha hecho eco de las palabras de Cristo en su predicación, donde dice que convertirse es morir a sí mismo para dar un fruto abundante: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn. 12, 24). Si Jesús apunta al don de la fe, es necesario pedirle a los presbíteros que insistan en su oración sobre el don de la fe a Dios, y la sabiduría de permanecer en ella. La fe y la conversión van de la mano, el que cree se deja hacer prisionero del Dios invisible, acepta ser poseído por Él con una actitud de escucha obediente y docilidad desde lo más hondo de uno mismo. Fe es capitulación, entrega, abandono, acogimiento de Dios, que nos busca en primer lugar y se da; *no es* posesión, garantía o seguridad humanas. Creer, entonces, no consiste en evitar el escándalo, rehuir del riesgo o avanzar en la serena luminosidad del día: *no* se cree a pesar del escándalo y del riesgo, sino justamente creemos desafiados por ellos y con ellos. *Creer viene a ser como estar al borde del abismo oscuro y oír una voz que grita: ¡arrójate, que te recogeré en mis brazos!* (Soren Kierkegaard). Sin embargo, creer no es un acto irracional. Precisamente al borde de ese precipicio es cuando las preguntas inquietantes comprometen el razonamiento: ¿y si, en lugar de brazos acogedores, solo hay rocas mortíferas? ¿Y si, más allá de la oscuridad, no hay otra cosa que más oscuridad? Creer entraña soportar el peso de estas preguntas: no pretender señales, sino ofrecer signos de amor al amante invisible que llama.

*b. Conversión pastoral*

 Necesariamente, el tiempo de Cuaresma no afecta sólo a cada una de las personas, sino también a la parroquia, movimientos, asociaciones… Vosotros ya estaréis trabajando en la Parroquia con una clave evangelizadora, etc. [[1]](#footnote-1), las catequesis sobre el Plan de Pastoral son un instrumento muy eficaz.

 Como fruto de vuestra revisión de la acción pastoral parroquial estaréis en pleno trabajo de renovación en las actitudes, métodos, etc., y evitando instalarse en las rutinas e inercias que nos sobrevienen. A nivel personal y pastoral trataréis de superar la acedia y el inmovilismo, así como la mundanidad espiritual. Pues que Dios os siga ayudando. Recordad a qué le llevó el Señor a San Agustín, después su experiencia de vuelta a Dios, a darse totalmente a los hermanos. Él creía que la mejor vía era estar retirado de todo para acercarse más a Dios y esto es lo que le pide Dios, según cuenta en la Confesiones: *Corregir a los indisciplinados, confortar a los pusilánimes, sostener a los débiles, refutar a los opositores… estimular a los negligentes, frenar a los pendencieros, ayudar a los necesitados, liberar a los oprimidos, mostrar aprobación a los buenos, tolerar a los malos y amar a todos* (cfr Sermón 340, 3). *Continuamente predicar, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos – es una ingente carga, un gran peso, una enorme fatiga* (Sermón 339, 4).

3. La fe como búsqueda y como paz

A la fe nos acercamos con temor y temblor, quitándonos los zapatos, dispuestos a reconocer a un Dios que no habla en el viento, en el fuego o en el terremoto, sino en la humilde voz del silencio, como le ocurrió a Elías en la montaña santa (cf. *1Re* 19) y les ha sucedido y sucederá a todos los santos y los profetas. ¿Creer, entonces, quiere decir perder todo? ¿No tener ya seguridad, ni descendencia, ni patria? ¿Renunciar a toda señal y a todo sueño de milagro? ¿Hasta tal punto es posesivo el Dios de los creyentes? ¿Tan devorador es su fuego? ¿Tan oscura su noche? ¿Tan absoluto su silencio?

Responder SÍ a estas preguntas supondría caer en la seducción opuesta a la de quien busca señales a toda costa; supondría olvidar la ternura y la misericordia de Dios. Siempre hay una luz para alumbrar el camino: una gran señal se nos ha dado, Cristo, que vive en la santidad y en la caridad de su Iglesia. En ella se ofrece un alimento a los peregrinos, un apoyo a los titubeantes, un camino a los descarriados. Estos dones nunca se confunden con posesiones exclusivistas y, a la vez, también es cierto que están ahí para alimentarnos; no para eximirnos de la lucha, sino para darnos fuerza; no para adormecer las conciencias, sino para despertarlas y estimularlas a obras y días de amor, en los que el amor invisible se haga presente.

Testimoniar la fe no es, pues, dar respuestas ya preparadas, sino contagiar la inquietud de la búsqueda y la paz del encuentro: *Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en Ti* [[2]](#footnote-2). Aceptar la invitación no supone resolver todas las preguntas oscuras, sino llevarlas a un Otro y junto con Él. A Él es posible dirigirle con confianza las palabras de la bellísima invocación de san Agustín:

*Señor mi Dios, mi única esperanza,*

*haz que, cansado, no deje de buscarte,*

*sino que siempre busque tu rostro con ardor.*

*Dame la fuerza de buscar,*

*Tú que te dejaste encontrar,*

*y me diste la esperanza de encontrarte siempre.*

*Ante Ti está mi fuerza y mi debilidad:*

*conserva aquella, sana esta.*

*Ante Ti está mi ciencia y mi ignorancia;*

*donde me has abierto, acógeme al entrar;*

*donde me has cerrado, ábreme cuando llamo.*

*Haz que me acuerde de Ti,*

*que te entienda, que te ame. Amén* [[3]](#footnote-3).

3. Identificados con Cristo en una vida en santidad

Los sacerdotes sois presencia de Cristo Pastor y Cabeza entre los hombres; y sois sacramento viviente de Cristo en el mundo, como dice la *Pastores dabo vobis*. El sacerdote es un hombre de Dios, elegido por Dios para la gloria de Dios y para el ministerio. En cierto sentido, sois mediadores de la gracia, porque *“in persona Christi”* predicáis la fe, santificáis a sus hermanos con los sacramentos y los guiáis por los caminos del Evangelio. El sacerdote es un puente de dos sentidos, entre Dios y el hombre. Por un lado lleva el amor de Dios a los hombres, los acerca a Dios mismo, y por otra, es el camino a través del cual pasan las almas en su viaje hacia la eternidad. Como Cristo es puente, también vosotros, siendo sus ministros, sois instrumentos eficaces para que las almas pasen y conozcan la vida eterna.

Estáis consagrados para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (Hb 5, 1). Por esto, vuestra actividad principal debe ser *ofrecer* el sacrifico y *ofreceros* en sacrificio. Es evidente que esto va más allá del simple presidir un oficio o una ceremonia. Vosotros no sólo celebráis la Eucaristía, sino debéis Ser Eucaristía. Como nos recuerda la carta *Ecclesia de Eucharistia*, la expresión *in persona Christi*, quiere decir algo más que *en nombre* o *haciendo las veces* de Cristo, es la identificación especifica, sacramental, con el *Sumo y eterno Sacerdote*, que es el autor y el sujeto principal del propio sacrificio. Habéis unido vuestra vida al Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo y se sacrifica por la salvación de las almas.

La identificación con Cristo hace que seáis, además, signos de contradicción. Como Cristo, la misión implica morir en la cruz en reparación por los propios pecados y por los pecados de las almas que se le han encomendado. Estáis en el mundo sin ser del mundo. Y el mundo, con sus criterios, hará de vosotros, necesariamente, un juicio negativo, porque vivís contracorriente, ya que vuestra vida es un desafío a los otros por vivir la paradoja de las bienaventuranzas e imitar la vida de Cristo. Nos iluminan y consuelan mucho las palabras de Cristo en la Última Cena: *Si el mundo os odia, sabed que me odió a mí antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso el mundo os odia* (Jn 15, 18-19).

Cuatro palabras que son la clave: alegría, santidad, amor esponsal y la caridad. Estos son válidos para todo creyente.

 *a) alegría*

 El Papa Francisco insiste en un aspecto de la vida eclesial y personal que no podemos olvidar y nos dice que llevar adelante la tarea evangelizadora se necesita una cosa, la alegría[[4]](#footnote-4).  Hemos visto anteriormente muchas dificultades que pueden afectar a un evangelizador, pues he aquí el remedio para todas ellas: sirve para luchar contra el pesimismo sacerdotal, el cansancio ministerial, desencanto eclesial, invierno eclesial, el complejo de inferioridad y la falta de identidad. La alegría es necesaria para manifestar a todos que vale la pena ser discípulo[[5]](#footnote-5). Nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor, que *al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos*, dice el Papa Francisco [[6]](#footnote-6). La alegría está al alcance de nuestras manos, *el Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría*.

 *b) santidad*

 La vocación principal es a la santidad[[7]](#footnote-7). De hecho, debe entenderse que la santidad es una prioridad pastoral fundamental[[8]](#footnote-8). No estamos diciendo que la santidad sólo sea una llamada universal, sino que debe implementarse la pastoral en vistas a la santidad. Esto es el objetivo de la Nueva Evangelización. Es por eso que el discipulado no será auténtico mientras no comience con un encuentro personal con Jesucristo, pues sólo así se podrá establecer un camino específico hacia la santidad. Si el sacerdote no insiste en la formación continua todo se viene abajo.

 c) *Ejercer nuestro ministerio con un amor esponsal*

 El presbítero, a la luz de la alianza esponsal entre Cristo y la Iglesia, se descubre como el amigo del Esposo que por la caridad esponsal se entrega a la comunidad. En el AT Dios se manifiesta como el Esposo que ama a su Pueblo como a su Esposa en razón de la Alianza (Os 2,16-25; Jer. 2,2; Ez 16; Is. 54,1-10; 62,5). En el NT Jesús es el Esposo (Lc 5,33-35; Mt 25, 1-13; Jn 3,27-29) que realiza la unión entre Dios y el hombre con la imagen nupcial (Mt 22,1-5). La relación entre Cristo y la Iglesia, descripta en términos esponsales (Ef. 5,25-32), es "un gran misterio" (Ef 5,32).

San Juan Pablo II decía que el presbítero está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia Esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo esponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí misma, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de *cel*o divino (2Co 11,2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de lo que suponen los *dolores de parto*, hasta que *Cristo no sea formado* en los fieles (Gal 4,19)[[9]](#footnote-9).

Deteneos en estos días para ver el celo apostólico de San Pablo, porque transpira en toda su labor esta idea de un amor que le apasiona y le vincula existencialmente a los que se le han confiado. Pablo no ve su ministerio como un trabajo por horas, es su vida la que está implicada. Toda la tarea de crecimiento en la fe de sus comunidades es concebida por Pablo como una gestación: sufre por sus hijos *hasta que Cristo se forme en ellos* (Gal 4,19). Su amor materno, sus desvelos y sufrimientos apostólicos acompañan a cada nuevo cristiano hasta su transformación plena y total en Cristo.

San Pablo atiende a los suyos con el amor de un padre que educa, tratando y formando a los hijos uno a uno, exhortando y animando a cada uno (1Tes 2, 11). El afecto hacia sus hijos es tan real que suscita en él un intenso deseo de verlos (1Tes 2,17; 3,6). El apóstol sufre, se inquieta y se preocupa por los peligros de una comunidad que está aún inestable (1Tes 3,5; 2,18) y literalmente «no vive» ante el temor de que el tentador derrumbe la fe de ellos: al recibir buenas noticias siente un gran alivio y consuelo (1Tes 3,7) y exclama: *Ahora sí que vivimos, pues permanecéis firmes en el Señor* (1Tes 3,8).

San Pablo no tiene reparo en manifestar abiertamente cuánto les quiere: *os amo a todos en Cristo Jesús* (1Co 16,24); *testigo me es Dios de cuánto os quiero en las entrañas de Cristo Jesús* (Fil 1,8); *vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo* (1Tes 2, 20)... Pero tampoco se echa atrás, en nombre de este mismo amor, si hay que reprenderles porque es necesario para su bien (2Co 7,8-9). Precisamente porque los ama como a hijos les corrige, pues ¿*qué hijo hay a quien su padre no corrija?* (Heb 12,7; ver toda la perícopa: vv. 5-13). Las correcciones que les hace son para crecer en el amor a Dios (cf. 2Cor. 2, 4) y lo hace con delicadeza y sin humillar: *No os escribo estas cosas para avergonzaros, sino más bien para amonestaros como a hijos míos queridos* (1Co 4,14).

Las líneas fundamentales de nuestro ser pastores, del compromiso y celo apostólico las podemos ver en Mc 1,29-39, en la visita de Jesús a Cafarnaúm. Aquí se resume una jornada de la vida de Jesús, compuesta fundamentalmente de tres elementos: predicación del Reino, curación de los enfermos y oración. Nuestra misión pastoral en las periferias se debe componer también de la predicación del Reino, hacer el bien, anunciando el Kerygma, catequesis, la acción caritativa y social, de oración y sacramentos.. y escuchar, estar en lugar donde tienes la responsabilidad pastoral, nada de cruzarnos de brazos. Cuando uno está implicado, se nota en su manera de estar, no tienes vacaciones, en el amor esponsal no existen las vacaciones, uno siempre está en vigilia, atento y disponible.

 5. *Constructores de la caridad*

 Como tarea vinculante, también por el objetivo que lleva la Diócesis adelante, un sacerdote debe vigilar para construir la caridad, porque es la caridad la virtud que de algún modo anticipa el cielo aquí en la tierra. La caridad es ante todo caridad hacia Dios y es la virtud que permite al sacerdote ser un hombre de Dios. De esta caridad brota la caridad hacia los demás, que supone tenerla siempre como centro en todo nuestro actuar, en cada uno de nuestros pensamientos y palabras, el bien de la persona que tenemos delante. Construir la caridad exige también de nosotros construir la comunión, con el Papa, los obispo, sacerdotes y laicos, así como también está llamado a acoger con gratitud y a conducir hacia la comunión los diversos carismas presentes en su parroquia o en la diócesis. Sería inexplicable toda clase de divisiones entre nosotros. Debemos tener un corazón siempre abierto.

El servicio en la caridad es siempre en la verdad. Un pastor no puede abandonar la verdad. A las almas se les debe decir la verdad, ayudarles a descubrir su valor y a amarla; se necesita mostrar toda la verdad que Dios nos ha revelado en el Evangelio de Cristo y que el Magisterio de la Iglesia nos trasmite. El Papa Benedicto XVI nos dice en su encíclica *Caritas in veritate*: *sólo en la verdad la caridad resplandece y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad […] Sin verdad, la caridad cae en el sentimentalismo. El amor se vuelve un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente [[10]](#footnote-10).*

Lo hemos oído muchas veces, pero son insuficientes, que hemos de ser *pastores con 'olor a oveja', pastores en medio de su rebaño y pescadores de hombres* [[11]](#footnote-11). En contraposición a los sacerdotes que no salen a la calle, que no están en contacto con el pueblo, que terminan siendo "tristes" y se convierten en una especie de coleccionistas de antigüedades o de novedades.

6. Los sacerdotes, hombres de Dios

 Vosotros, animados por la conciencia de que Cristo es el único salvador del hombre y conociendo que sois ministros de la redención, debéis destacaros por vivir en el mundo de hoy con firme fe y santa audacia. A pesar de la enorme responsabilidad y de las muchas contradicciones, sabéis que el poder del mal no triunfará porque ya fue derrotado para siempre, *ésta es la esencia de la esperanza*[[12]](#footnote-12)*.*

Si no participamos de los mismos sentimientos de Cristo (Cfr. Fil 2, 5), si no estamos afincados en Cristo, seremos arrebatado por el huracán de la secularización. Por lo tanto, mantengamos el consejo de la Iglesia: ser hombres de oración, hombres que escucha y meditemos la Palabra para adherirnos amorosamente a aquello que Dios quiere de él; se nos pide celebrar los sacramentos con el fervor y la unción propia de las cosas sagradas de las cuales se ocupa, sabiendo que para ser hombre de Dios debe hacer un particular esfuerzo y resistir al vértigo de la constante y acelerada actividad a la que nos somete el mundo moderno. Esto da juego para esta Cuaresma, pensemos también en estas cosas y nos replantemos lo esencial del ministerio.

El Papa Francisco nos exhorta vivamente a llevar una profunda vida eucarística- tanto en la celebración como en la adoración- que nos hace, en cierto sentido, eucarísticos [[13]](#footnote-13), y nos invita a que todos hagamos experiencia del amor de Dios, pues *una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie*; es decir, que el sacerdote se haga víctima y oblación para servir a Cristo en la misión de la salvación de las almas. La presencia entre los hombres, nuestros hermanos, debe ser como la del centinela de la mañana, un anunciador de las cosas del más allá, un continuo recordatorio de Cristo para las almas, que encarna el amor de Dios en este mundo. Ser un hombre de Dios no es incompatible con tener los pies en la tierra. La Eucaristía debe ser el centro de nuestra vida sacerdotal.

En la formación del hombre de Dios juega un papel muy particular la devoción a la Virgen María, como Madre, el modelo de virtud y, sobre todo, como protectora celestial. Su relación con los sacerdotes, ministros de Cristo, deriva de la relación entre la divina maternidad de María y el sacerdocio de Cristo. Los sacerdotes son sus hijos predilectos y en el corazón del sacerdote debe resonar el consejo de S. Bernardo: “*En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si Ella te ampara*”[[14]](#footnote-14). Os recuerdo que todos tenemos nuestros nombres grabados en el corazón de la Señora y esto nos imprime carácter, nos hace ser también marianos.

7. Sacerdotes, hombres de Dios en comunión

San Juan Pablo II nos enseñó que el gran desafío para nosotros al iniciar el tercer milenio era hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*[[15]](#footnote-15). Para ello es condición indispensable promover y vivir una espiritualidad de la comunión, y proponerla como principio educativo en todos los ámbitos de formación.

¿Qué significa una espiritualidad de comunión? En primer lugar, una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros; en segundo lugar, la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad; en tercer lugar, capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; por último, saber *dar espacio* al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

El encuentro con Cristo es el camino de la solidaridad. La conversión propicia la unión con Dios y con los hermanos y como consecuencia tiene lugar el servicio desinteresado a los demás, tanto en sus necesidades materiales como en las espirituales. La solidaridad, por tanto, es fruto de la comunión. La unión del Hijo con cada ser humano hace que pueda decir: *En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (*Mt* 25, 40)[[16]](#footnote-16). No se trata de un sentimiento superficial y pasajero al contemplar el mal ajeno. Se trata de una actitud moral y social, de una virtud que llamamos solidaridad.

Para vivir esa actitud, para ejercitar esa virtud, es imprescindible reconocer al *otro* como persona, sentirse responsable de los más débiles y estar dispuestos a compartir los bienes con ellos. La máxima expresión de solidaridad es la vida y misterio de Jesús de Nazaret [[17]](#footnote-17), la Palabra eterna de Dios que se encarnó y habitó entre nosotros, asumiendo una naturaleza igual en todo a la nuestra excepto en el pecado (cf. Flp 2). En su predicación nos enseña que Dios es Padre y que todos hemos de vivir como hermanos.

1. Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium,* 25-33. [↑](#footnote-ref-1)
2. SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones,* 1, 1. [↑](#footnote-ref-2)
3. SAN AGUSTÍN, *De Trinitate,* 15, 28, 51. [↑](#footnote-ref-3)
4. Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007)101-128. [↑](#footnote-ref-4)
5. Cf. PAPA FRANCISCO, Evangelii Gaudium, 1-13. [↑](#footnote-ref-5)
6. PAPA FRANCISCO, Evangelii Gaudium, 3.6 [↑](#footnote-ref-6)
7. Cf. CELAM, *Documento de Aparecida,* 129-153*.* [↑](#footnote-ref-7)
8. Cf. SAN JUAN PABLO II, *Novo Millenio Inneunte*, 20. [↑](#footnote-ref-8)
9. SAN JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis,* 22c. [↑](#footnote-ref-9)
10. BENEDICTO XVI, [*Caritas in Veritate,*](http://es.catholic.net/sacerdotes/237/2477/articulo.php?id=42551) (29 junio 2009), 3. [↑](#footnote-ref-10)
11. Cf. PAPA FRANCISCO, *Homilía de la Misa Crismal*, 20 de marzo de 2013. [↑](#footnote-ref-11)
12. BENEDICTO XVI*,* [*Encuentro con los jóvenes y con los seminaristas del seminario de San José*](http://es.catholic.net/sacerdotes/810/1987/articulo.php?id=36409), Yonkers, NY (19 abril 2008). [↑](#footnote-ref-12)
13. Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 264-267. [↑](#footnote-ref-13)
14. SAN BERNARDO, *Homilías sobre las excelencias de la Virgen Madre*, 2. [↑](#footnote-ref-14)
15. SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Inneunte* n. 43. [↑](#footnote-ref-15)
16. *Ecclesia in América* 52 [↑](#footnote-ref-16)
17. Cf. *Gaudium et spes* 32 [↑](#footnote-ref-17)